

Bestia negra

JOSÉ MORALES GÓMEZ*

* Subdirector de Cirugía. Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias Ismael Cosío Villegas.

Hay una bestia, una horrible y despiadada bestia negra que vive oculta en mí; ella, como los ángeles del placer llega y se expresa en mi cuerpo. La diferencia entre el dolor y el placer es que éste es siempre fugaz, mientras que el dolor puede llegar a ser intenso, perverso, cruel y duradero; tanto que se convierte en insoportable pesadilla.

En una de estas tantas noches de dolor, he despertado en medio de la soledad abrigadora de mi cuarto, en la penumbra y con el dolor de compañía. Como casi todas las noches, he tenido que levantarme de la cama varias veces para darme alivio con recursos químicos o físicos, y ante su cruel persistencia he decidido hacer un homenaje en letras a ese ser indomable que ha resultado ser mi dolor, a esta bestia indomable que despierta mi admiración por su constancia. Me pregunto si las deudas con la vida se pagan con dolor, y si las tengo ¿he de pagar por eso?, pero ¿qué estoy pagando? Al estar ahora así un escalofrío recorre mi cuerpo, pues me veo tumbado, inmóvil en la oscura soledad, sintiendo oleadas de conciencia depurada, como en mis sueños en los que me encuentro en diferentes lugares y en diferentes tiempos, con personajes reales o no, con temor de moverme para no despertar su furia; siento de pronto como si comprendiera todo lo que en mi vida, como consecuencia, me ha traído hasta aquí, hasta este lugar y en este momento. Me estremezco pensando en ello, tanto como el dolor me estremece a mí. El mundo ignorará lo que me ha costado servirlo y tendrá razón, no sé yo quien se los diga.

Llevo semanas, meses tratando de dominar al monstruo negro, a la bestia que es el dolor; tengo dolores atroces y en mi desvelo paseo mi vista

por la habitación buscando consuelo en la distracción, veo las rendijas de las cortinas por donde fugaz se filtra la luna en poéticos resplandores que me tranquilizan.

Ignoraba que había dolores como éstos, no sabía de su existencia, ¡ahora lo sé! Amanece; el dolor es distinto, huye como lo hacen los fantasmas cuando la luz del día aparece, se va satisfecho del trabajo realizado en mí, orgulloso se esconderá por allí; descansará y dormirá en algún lugar dentro mí, luego despertará para cumplir su vocación.

Ese dolor es mío, así que al despertar lo saludo ¿estás allí?, sí... parece que sí, tal vez duerme fatigado, pues por la mañana el dolor resulta leve como si quisiera hacer las paces conmigo y con el día.

Llega el día, lo veo esplendoroso; afuera se oye la vida, y dentro de mí como una madre percibo en mis adentros al monstruo negro, esa bestia que parece tener vida propia, vida con sentido y orientación en mi cuerpo, parece tener voluntad propia, a veces es caprichoso por los diferentes sitios que ataca, siempre ingenioso, pues gusta de alternar sus ataques; ahora aquí, después allá, más intenso acá, es sorprendente pues ante ciertos movimientos corporales ataca impiadoso.

Siempre mi dolor es cruel, torpe, despiadado, juega conmigo como un gato con su presa, como un verdugo con el condenado. A veces siento que se cansa, que se aburre, bosteza, se harta, siempre está agazapado, parece dominarse con un cambio de posición de mi cuerpo o porque ve llegar el ataque químico con el que me defiende, también porque le grito, le demando paz, le exijo que

me deje tranquilo, entonces la bestia que parece pensar, se intimida, se calla astutamente y se aleja segura de volver y emprender su inmisericorde ataque y así incursiona de manera inesperada a otras regiones por ahora respetadas.

Llegando un tiempo parece hartarse de mí y por un tiempo, siempre breve, parece que se marcha, ¿dónde se esconde cuando desaparece?, ocasionalmente por horas no da señales de vida, pero no, que va, no está ausente, lo que hace es darse descanso para poner orden a su nuevo ataque, elabora planes para la noche, la madrugada, el día; para las horas y los días siguientes seguro serán ataques más intensos y despiadados. Después del sopor del primer sueño llega nuevamente y con crueldad me golpea, vuelve a pellizcar, a quemar, a desgarrar y a mortificar con fuerzas renovadas, siguiendo su estrategia, con un amplio repertorio de nuevos dolores extendidos, ilimitados, totales, intensos o moderados; parece presumir su catálogo de algias.

A veces, después de un ataque y viendo que mi cuerpo sufre, esta bestia torturante parece burlarse ante los movimientos que mi cuerpo

adopta para reprimirlo; mi cuerpo entonces sufre sumergido en brasas invisibles mientras la bestia se aleja para disfrutar a la distancia su obra y observa a mi cuerpo inmóvil, cansado, agotado por la lucha de la batalla perdida.

¿Qué otras sorpresas tienes para mí? ¿Eres dolor mío? ¿Me perteneces?, me gustaría que así fuera, para poder dominarte, controlarte, aislarte y desaparecerte, pero no, no eres mío, en cambio yo soy tuyo, con tu voluntad, por tu voluntad, por tu pertenencia tiene sentido tu caprichoso ataque, siempre ingenioso, inesperado. Yo te busco palpando mi cuerpo para dominarte y pareces huir, esconderte y cuando creo que lo logro renuevas tu ataque.

¿Dónde te ocultas bestia negra? ¿En qué parte de mi cuerpo, el tuyo gigantesco tiene cabida?, mientras descanso apenas pasada la media noche como las brujas, como los fantasmas, apareces inesperadamente, y con crueldad me atacas, obedeces a tus malignos planes; quemas, desgarras, pellizcas y te oigo reír, mi cuerpo sufre pero admira tu tenacidad y el ingenio de tu nuevo ataque.